



Introducción Editorial

Vol 3, No. 2
Diciembre, 2010

Documento disponible en:
www.ried-ijed.org

ISSN: 1941-1799

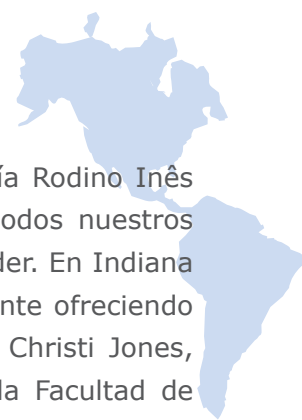
Introducción editorial

Bradley A.U. Levinson
Editor Principal

Algunos eventos recientes que han tenido lugar en las Américas sugieren que el trabajo de construir una cultura política democrática a través de prácticas e instituciones educativas es más importante que nunca. El golpe de Estado de junio de 2009 en Honduras, el golpe al gobierno del Ecuador en septiembre de 2010, la reciente parodia electoral en Haití y la evidencia de jugadas maquiavélicas de poder en el nivel estatal reveladas con el escándalo de Wikileaks son eventos que cuestionan la fortaleza y la madurez de la sociedad civil para dar sostén a la democracia o para desafiar las actuaciones de los actores estatales o de los jugadores privilegiados del sistema político. Aquí en la *Revista Interamericana de Educación para la Democracia*, esperamos que nuestras contribuciones académicas al discurso y al debate – nuestro granito de arena – puedan continuar inclinando la balanza a favor de una democracia profunda y duradera en la región.

Ha sido mi honor servir como editor fundador de esta revista durante los últimos cuatro años, y con este sexto número transfiero la responsabilidad editorial a mi querido colega mexicano, Medardo Tapia Uribe, un científico social de la Universidad Autónoma de México (UNAM) quien cuenta con una trayectoria distinguida de liderazgo y publicaciones en el campo de la educación para la democracia. Sin dudas, el Profesor Tapia continuará la sólida tradición académica establecida en la Revista, al tiempo que la infundirá con nueva energía y el trabajo de un nuevo equipo editorial. Puedo asegurarles que la Revista está en excelentes manos y exhorto a todos nuestros lectores a que nos apoyen en su divulgación, la búsqueda de manuscritos de alta calidad y ofreciendo sus servicios como dictaminadores externos.

Mientras tanto, quiero aprovechar esta oportunidad para agradecerle a algunas de las muchas personas que hicieron que la revista fuera posible en los últimos años. Como lo hemos señalado en múltiples oportunidades, la creación de una revista verdaderamente bilingüe o trilingüe que cubra todas las Américas ha presentado desafíos singulares. El Departamento de Educación y Cultura de la OEA, encabezado por Lenore Yaffee García, ha sido una fuente confiable de apoyo durante este tiempo, le agradezco a la Dra. García, así como a los numerosos especialistas en su departamento que nos han apoyado con su consejo y liderazgo en el camino: especialmente a Jorge Baxter, quien fue esencial en convertir la Revista en una realidad, así como a Karla Jiménez, Adriana Cepeda, Romina Kasman y Juliana Bedoya. También deseo reconocer una vez más el liderazgo de Daniel Schugurensky y Roberto González, co-editores fundadores de la Revista, quienes ayudaron a concebirla y darle forma en un primer estadio, y proveyeron apoyo institucional. Gracias también a nuestro equipo más reciente de Editores Asociados, quienes hicieron importantes lecturas preliminares y retroalimentaron



manuscritos – Aurora Elizondo, Daniel Schugurensky, Glenford Howe, Ana María Rodino Inês Barbosa y María Loreto Martínez – así como a la totalidad del Consejo Editorial y todos nuestros dictaminadores externos, sin cuyo trabajo minucioso la Revista no habría podido preceder. En Indiana University, Jennifer Laherty, del sistema de bibliotecas, ha sido especialmente importante ofreciendo apoyo para el tránsito de la Revista a un formato de fuente abierta; Terry Mason y Christi Jones, del Centro de Estudios Sociales y Educación Internacional, así como el Decano de la Facultad de Educación, Gerardo González, han provisto apoyo crucial en materias presupuestales y administrativas. Finalmente, tengo una deuda enorme de gratitud con Carolina Casas, gerente editorial por los últimos años. Siendo por derecho propio una profesional experimentada y una investigadora en ciernes en educación para la ciudadanía, Carolina ha puesto en uso su inteligencia y gran recursividad en beneficio de la Revista. Además de sostener correspondencia con los autores, Carolina ha coordinado todos los procesos de corrección de estilo, traducción y diagramación. La Revista le debe mucho a Carolina por su trabajo dedicado.

Este último número bajo mi responsabilidad da muestras de toda la vitalidad y variedad que nuestros lectores pueden esperar de la revista. En efecto, lo que vemos es un proceso amplio y fresco de apertura en las formas en que se concibe y se adelanta la educación para la ciudadanía democrática; abordajes frescos que requeriremos para continuar consolidando y profundizando la democracia en la región. Mirando más allá del salón de clase, podemos discernir una variedad de medios educativos para construir una cultura política democrática: estos incluyen el uso de “ecomuseos” (Graybeal), la creación de distintos tipos de liderazgo estudiantil para la “construcción de paz” en las escuelas (Bickmore y MacDonald), el fortalecimiento de las formas de participación de las familias en la educación (Zurita), el avance de un diálogo intercultural entre ciudadanos indígenas y no indígenas de un país (Herdoiza-Estévez y Lenk) y, finalmente, en el sentido ecológico más amplio, la creación de procesos de base más amplios en el ámbito de la cooperación internacional para la educación (Baxter).

Leslie Graybeal da inicio a este número con una discusión original del fenómeno creciente de los “ecomuseos” en la región. Ella plantea que dichos ecomuseos pueden jugar un papel importante en la presentación de historias que sirvan de alternativas frente a las narrativas convencionales y dominantes y en la democratización del proceso de preservación del patrimonio. Graybeal presenta importantes interrogantes sobre cómo los museos pueden adelantar ciertos tipos de educación democrática – tanto para las comunidades que crean dichos museos como para sus visitantes externos.

Kathy Bickmore y Angela MacDonald relatan los resultados de un estudio sobre programas de construcción de paz y prevención de la violencia en tres distritos escolares canadienses diversos. El estudio ilumina los abordajes contrastantes sobre la participación estudiantil: docentes y administradores empoderaron distintos subgrupos de estudiantes como “líderes” en formas diferentes, para ayudar a reducir la violencia y desarrollar capacidades para el manejo de conflictos entre pares. Los roles estudiantiles contrastantes que fueron implementados – monitores (aplicando reglas), líderes de habilidades sociales (dirigidos a enfrentar el matoneo), los mediadores de pares (facilitando la resolución de disputas), los representantes de la voz estudiantil (involucrados en las consultas democráticas) y los promotores de equidad (resistiendo los sesgos y la marginalización) – involucran



distintos entendimientos de la “paz” y la ciudadanía. El artículo indaga sobre las implicaciones de estas actividades sobre las oportunidades desiguales de estudiantes diversos para desarrollar agencia como ciudadanos y construir una paz democrática sostenible.

Úrsula Zurita ofrece una importante reseña de los esfuerzos recientes para promover la “Educación para la Vida Democrática” (EVD) en México. Este país, nos dice Zurita, ha seguido la tendencia regional de re-concebir la “educación cívica” como algo que sucede más allá de las lecciones formales del salón de clases. En ese contexto, ella resalta la prominencia de la “participación social” como construcción que ha sido promovida para integrar a las familias y a los padres y madres de manera más cercana y profunda en la vida de las escuelas y otras instituciones educativas formales. Sin embargo, así como la participación social se ha fomentado en el nivel retórico, y siendo tan deseable normativamente para una educación democrática más robusta, Zurita demuestra que la creación nacional de los Consejos Escolares de Participación Social se ha quedado corta frente a sus promesas. Apoyándose en investigación empírica en Ciudad de México, Zurita identifica los desafíos y obstáculos para la materialización de una práctica más plena y democrática de participación social.

Magdalena Herdoíza-Estévez y Sonia Lenk nos ofrecen una comparación singular de los esfuerzos para crear nuevos programas de educación intercultural en Ecuador y Guatemala. Soportan su análisis de estos programas en las historias políticas recientes de ambos países y en un recuento de las distintas formas que han tomado la política y la movilización social indígena en cada país. Hablando normativamente, la educación intercultural es una construcción plenamente democrática que, casi en todas sus versiones, busca crear un diálogo equitativo sobre profundas diferencias culturales. Aún así, al involucrarse en esta comparación, Herdoíza-Estévez y Lenk nos permiten ver con más claridad los desafíos prácticos que enfrenta la educación intercultural en su implementación en contextos históricos reales.

Para finalizar. Jorge Baxter cierra el número con una exhortación provocadora a democratizar los procesos mismos mediante los cuales organizaciones internacionales poderosas – en conjunción con actores estatales – contribuyen al desarrollo educativo en la región. Valiéndose del marco de referencia de la teoría de la democracia deliberativa, Baxter demuestra cómo dichas organizaciones contradicen rutinariamente su propia retórica democrática y menoscaban, potencialmente, la capacidad de los ciudadanos comunes para tener una voz en el direccionamiento de la política educativa de sus países. Apoyado en nociones de “gobierno participativo empoderado,” Baxter sugiere que nuevas formas de involucramiento de la sociedad civil en los foros de política educativa debieran orientar el proceso de la cooperación internacional para la educación, y así satisfacer la promesa de una “cooperación” genuina en el campo. En efecto, Baxter muestra que tal participación de la sociedad civil podría constituirse en nuevas formas variadas de educación para la ciudadanía democrática, siendo la Escuela Ciudadana de Porto Alegre, Brasil, un ejemplo vigente.